

Las muertes del Rey Don Pedro  
AMAYA ESPINOZA

Las muertes del Rey Don Pedro  
AMAYA ESPINOZA

EXPOSICIÓN DE PINTURAS  
Del 2 al 25 de mayo de 1997  
REAL ALCÁZAR DE SEVILLA  
Sala del Apeadero



ORGANIZA: ÁREA DE CULTURA. Ayuntamiento de Sevilla.

Fotografía: Víctor Manuel Gracia Fernández - Mercedes Vecilla

Maquetación y diseño: Francisco Espinoza

Imprime: Gráficas del Sur. Becas, 10.

Fotocomposición: Fototec, S. L.

Portada: «San Lázaro, 1367», 43 x 43 cms., acrílico sobre madera, 1996.

## PRESENTACIÓN

La exposición que se compendia en estas páginas forma parte unitaria del ciclo organizado por el Área de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla «Personajes y mitos históricos sevillanos», programa donde se conjugan el análisis intelectual, las artes escénicas y la pintura.

Para su primera edición se ha elegido la figura del Rey Pedro I de Castilla para redescubrirla a partir de los tres prismas señalados. Amaya Espinoza (París, 1963) será quien lo haga desde la óptica de la pintura, merced a sus impresionantes tablas recogidas en la colección *Las muertes del Rey Don Pedro*.

Parece como si los cuadros hubiesen logrado aprisionar con sus pigmentos todos los brillos de la leyenda. Tormentos, amoríos, ingenuidades, cóleras y desplantes se entremezclan en un inquietante recorrido, en un vertiginoso viaje a través del túnel de los sueños. Quizás uno de los mayores logros de esta

ciudadana del mundo sea transmitirnos con su pintura, a través de los sentidos, las propias sensaciones de un Rey de personalidad tan compleja, al que unos llamaron Cruel y otros Justiciero, que unos aún hoy elogian mientras otros denuestan.

Y terminaremos la visita con sensación de que Pedro I, de alguna manera, sigue vivo todavía, porque hemos percibido su aliento a nuestra espalda mientras contemplábamos las pinturas, colgadas cerca del Palacio almohade del Yeso y de las estancias en las que el hijo de Alfonso XI vivió, amó y sufrió. Se establece así una especie de corriente, un halo misterioso, como todo lo que envuelve la historia y la leyenda del monarca, la negra que difundiera su hermanastro Enrique II de Trastámara, o la reivindicación posterior de su figura por parte de Felipe II.

Lo cierto es, en fin, que esta exposición no dejará indiferente a quien la visite, y que ayudará eficazmente a completar el círculo didáctico que se pretende trazar junto con el teatro y la mesa redonda para llegar así a conocer un poco mejor nuestra propia historia, la de nuestra ciudad, que es la de nuestra propia Cultura.

José Hurtado Sánchez

Teniente de Alcalde Delegado de Cultura

## PARA AMAYA ESPINOZA

Escribidme una carta, señor cura... Ya sabes como empieza, querida Amaya, una famosa poesía de Don Ramón de Campoamor.

No sé por qué ha venido esto a mis mientes, ¿será acaso porque tú, desde tu juventud rutilante, me pides ahora un prólogo a tu obra estremecida de pasión y leyenda? Y yo lo veo, veo tu ansiedad encantadora que quiere traslucir la emoción creadora de tu arte.

Lo veo porque, volviendo a Campoamor, para un viejo, una niña siempre tiene el pecho de cristal.

Como niña animosa, de ojos negros, escrutadores, tercos, que perforan el mundo, te has enfrentado con uno de los más duros y sangrientos episodios de nuestra historia: Don Pedro el Cruel o el Justiciero. Dices que te llevó a ello el hecho de que el Rey hiciera de la Cartuja pabellón de caza. Contradictoria

estampa de un rey batallador alterando la calma silenciosa de los callados hijos de San Bruno..., suponiendo que estos penitentes ya estuvieran alojados en tan peregrino lugar.

Pero para mi hay algo más; una especie de síndrome espiritual que empareja al artista con el mito. No sólo porque estuvo en la Cartuja, sino por algo más. Me atrajo, dice Amaya, la búsqueda en el tiempo, también la densidad de una época y un mundo desconocido y amplio.

Ahí está la clave, porque ese mundo que el historiador recrea con sus más imperfectas armas documentales, el artista lo que hace es transfigurarlos y, perdónese me, una palabra absurda, «espectralizarlos».

Pedro el Cruel en todas sus secuencias es ya el espectro de sí mismo, es su fantasma, como el que aparece en el castillo Elsinor, el del padre de Hamlet.

¿Qué tiene la pintura de Amaya Espinoza, esa pintura fosforescente e irreal de cuerpos astrales que gravitan en un empireo brumoso y sin embargo calcinado?

A veces hay vislumbres goyescos en ese estar las cosas gravitando en sinietras borrascas pero que en Amaya son borrascas redimidas por ráfagas de luz como caballerías huidizas. Se produce el milagro. Y no dejo de pensar en las pinturas negras del genial aragonés.

Siempre he denostado a los críticos de arte que toman pretexto de una obra pictórica para lanzarse a filosofías temerarias que podrían servir a los más diferentes artifices. Porque para eso es mejor callarse. Porque si la crítica ha de penetrar en el fondo, no sólo del pensamiento del artista sino de sus facultades y habilidades manuales y a esto hay que acercarse con probidad, no con su-

plantaciones y argucias y si se acierta tanto mejor y si no se acierta que no sea por falta de buena voluntad porque errare humanum est.

No es fácil aprisionar literariamente la pintura de Amaya Espinoza, porque las raíces paternas están muy claras, pero no son absolutamente determinantes. Ella es ella; y no faltan gotas en su alma mortal de su madre, Pilar Hernández, de la tierra del Cid, burgalesa.

No sé si es mejor o peor para definir algo que tenga que ver con un ser humano el conocer a sus progenitores. Parece que lo primero es preferible, pero quien sabe si, el entrar a priori sin tan importantes introductores, no facilita las cosas, por aquello de que el juicio no viene condicionado.

Yo te saludo, querida Amaya, hija de quienes eres, porque también eres una individualidad electrizante, poderosa y sutil a la vez, dulce y opaca también.

Me has pedido una carta y yo no he sabido escribírtela mejor. Perdóname.

Fernando Chueca Goitia

TODO ESTE ASUNTO COMENZÓ EN UNA NOCHE DE LOBOS, CON aguaviento y lluvia racheada en los cristales, cuando pedí asilo en la Cartuja de Caza-lla, buscando un lugar donde secarme los pies y un poco de sosiego para acabar mi crónica londinense del reverendo sevillano. Allí me dieron sitio junto a la chimenea, cena de jabalí con enebro, buenos modos y pan de pueblo. Aquella noche conocí a los Espinoza, el padre, Francisco, un artista calcinado por la pasión didáctica, un conductor de alto voltaje, un energúmeno, un solitario prodigioso. Y su hija Amaya, una adolescente tardía a la que su padre había sometido, con férrea disciplina, a una primorosa formación en dibujo y aguada, forma y color, grabado y cerámica, de modo que desde muy temprana edad Amaya disponía de una destreza magistral y un viejo contrato, un papel doblado en octavo que la nombraba albacea, estableciendo que el arte nace en las tripas, devora los huesos, arde por dentro y no es transferible.

Amaya era una máquina de pintar, que no acababa de salir de un circuito de rodaje, donde repetía unos arcángeles boreales con el bajo vientre cegado por el láser, una iconografía poderosa, obsesiva, epigonal.

Además estaba la Cartuja, que regresaba cautelosamente desde la estampa romántica de ruina casi borrada por las zarzas al proyecto que endereza de nuevo las orejas, alertas y orgullosas las ojivas, finas y exactas bajo la obediencia del tecnógrafo: ojivas, bóvedas, contrafuertes, naves que se volvían enteras y coronadas ya dentro de la boca de lobo de la noche.

Pedían los enormes muros restaurados una historia pintada en nueve huecos, una historia descomunal, con el tinte bermejo muy borrado de tanto repetirla en romances y coplas de ciego. Y pedía la joven Amaya una tarea sin bordes conocidos, un tema en el que perder pié y descargar la fecunda tensión acumulada.

Yo puse el relato, el de las muertes del Rey Don Pedro, la de Garcilaso, muerto en las calles de Burgos en día de fiesta, que se corrían toros «y pasaban los toros por en somo dél»; la de doña Blanca de Borbón, en la soledad compacta del torreón de Medina Sidonia, cuando «cuidó que la iban a matar y lloraba y encomendóse a

Dios»; la del Maestre Don Fadrique, en los Alcázares de Sevilla, «martes veintinueve días de Mayo, a la hora de tercia». Y quince días más tarde, la del Infante Don Juan de Aragón, cuyo cadáver manda el Rey echar por la ventana de la posada a la plaza, «y dijo a los vizcaínos, que estaban muchos en la calle: «Catad ahí vuestro Señor de Vizcaya que vos demandaba».

Era el texto de mucho vuelo, del Canciller López de Ayala, y la cetrería de atraparlo de Dionisio Ridruejo, y navegaban por el texto dos castillos cargados de oro hasta las almenas, el castillo de Hita y el castillo de Trujillo prometidos al Rey por su tesorero Don Samuel el Levy, oro ganado en las manos artesanas, en los oficios y el trueque de las dos Castillas, de donde en el tapiz del tiempo ya no quedaba lugar ni apremio para otra naos con oro robado en las Indias.

Así que Amaya entró en las muertes del Rey Don Pedro y se puso a pintarlas. Yo venía muy de tarde en tarde, y la encontraba absorta ante la tabla, devolviendo al monarca su perfil de naipe gastado de tanto aceptar los envites y doblarlos, a doña Leonor de Guzmán su orla de infantes rubios que recelan, en el aire de cristal, un aviso remoto de degüello.

Lo que hace el viento resonando en las altas bóvedas aún sin techar, siendo la noche larga y el vino viejo.

Antonio Cascales

## AMAYA A LA SOMBRA DEL REY DON PEDRO

Han pasado más de seis siglos desde que Pedro I fuera alumbrado en el torreón del «Compás de dentro» del Monasterio de las Huelgas de Burgos, cuyo arco habían cruzado años antes sus padres Doña María de Portugal y Don Alfonso XI para ser coronados Reyes en la Iglesia de Santa María la Real. Iba éste vestido para tal ocasión, según nos recuerda la «Crónica del muy alto et muy católico Rey que venció la batalla del río Salado et ganó Las Algeciras» con sus paños reales «labrados de oro et plata á señales de castiellos et de leones, en que avía adobo de mucho aljofar et muy grueso, et muchas piedras, rubies et zafies, et esmeraldas en los adobos» y adornábase la reina con paños «de gran prescio». Pues bien, en ese mismo lugar, a menos de veinte metros escasos de la cuadrada planta del torreón de Don Pedro, recibió Amaya Espinoza por vez primera la misteriosa solombría real que la marcó desde entonces, cuyo influjo perdura en ella hoy todavía, hasta el punto de que los trazos de su pintura evocan constantemente al monarca castellano, pues a veces son violentos como sus pasiones, negros como sus delirios, claros como sus sueños, azules como el Guadalqui-

vir a cuyas orillas se crió o dorados como su realeza y sus propios cabellos a los que alude Mariana en la descripción del monarca de esta manera: «Era blanco, de buen rostro, autorizado con una cierta magestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado, veíanse en él finalmente muestras de grandes virtudes de osadía y consejo, su cuerpo no se rendía con el trabajo ni el espíritu con ninguna dificultad podía ser vencido. Gustaba principalmente de cetrería, caza de osos y en las cosas de justicia era entero».

No se libró Amaya, bello nombre –Annaia para Ptolomeo y Ammara para Plinio, que significa confín, frontera o altura y se alza en la Provincia de Burgos, próxima a la Amaya Patricia que fue invadida por Leovigildo– de la influencia de Don Pedro por el hecho de trasladar su residencia a la ciudad sevillana de Constantina, ya que en sus proximidades y más concretamente en Cazalla de la Sierra, se le apareció de nuevo el espectro real en el Centro de Cultura Contemporánea de la Cartuja donde cultiva Amaya la profunda vena artística heredada de su padre el inca Espinoza, en cuyo «Atelier» burgalés de Huelgas enseñó a sus hijas a modelar, a dibujar, a pintar y a grabar a la vera del El Parral, donde en las noches de luna dicen que pueden vislumbrarse meditando las fatuas figuras del buen Rey burgalés y su aliado el Príncipe Negro, como hicieran la víspera de ser armado caballero el inglés ante la imagen articulada y sedente de Santiago Apóstol.

Decía que Amaya se reencontró de nuevo con Don Pedro en Cazalla de la Sierra y más concretamente en el paraje conocido por «El Castillejo» donde el Rey poseía un pabellón de caza en el que luego se alzaría la Cartuja de la Concepción de Nuestra Señora, fundada en 1490. En este lugar solía cazar osos Don Pedro y ejercer el arte de la cetrería del que llegó a poseer un magnífico y original diario de caza con cerca de doscientas miniaturas, desgraciadamente desaparecido, si bien su Cronista López de Ayala se aproxima en parte a las formas y circunstancias de este deporte medieval en su «Libro de la Caza de las aves» dirigido a Don Gonzalo de Mena, Obispo de Burgos, que escribió durante su cautiverio en el Castillo de Oviédes de Portugal en 1386. Pedro I seguía con su amor a la caza la tradición venatoria de sus antecesores Alfonso X y Alfonso XI de cuyo Libro de la Montería

se ha dicho por el Duque de Almazán que es «el monumento más notable de todo lo que se ha escrito sobre la caza» y que seis siglos después se caza exactamente igual que indica el Rey castellano, «pues la vocerías son las mismas, los podenqueros sueltan los perros en los mismos sitios y los pasos se cubren de idéntica manera que en aquella remota época». Por cierto, que en una de las maravillosas ilustraciones de este libro se representa al Príncipe Don Pedro y sus monteros con jabalí muerto y perro herido en una composición en la que aparece rodeado de nueve personajes entre los que destaca sobremanera el futuro monarca, tanto por su empaque y vestimenta como por el privilegiado lugar que ocupa el apacible remanso de un monte que se adivina a lo lejos.

Es posible que la pintura de Amaya —yo estoy convencido de ello— dimana de sus sueños y que éstos —todos lo hemos experimentado alguna vez— se le han manifestado con las mismas irisaciones que luego ha plasmado ella en sus lienzos, máxime después de haber perseguido por «El Castillejo» el rastro castaño de los flancos de los alcotanes y el rojo de sus colas, el color variopinto de los baharís, el amarillo rojizo de las aves palustres, el azul pizarroso del esmerejón o del neblí, así llamado en Castilla según Sahagún porque los primeros «fueron tomados en la niebla et ovolos un caballero que dezían Florencio el Godo, que era señor de aquella tierra y era gran cazador de aves y esto fue en tiempo del Rey Bamba que era Rey et Señor de España y por esto le llaman en España neblis».

Curiosamente las telas de Amaya o mejor diríamos sus sueños y mejor aún todavía sus relucientes tornasoles, aparecen traspeinados por una escuadra de medusas que, como es sabido, tienen propiedades luminiscentes y pueden divisarse durante la noche entre las aguas del mar de cuyas profundidades surgen para realce y oropel de las aguas, como sucede, sin duda, en el océano azul de los sueños de Amaya que aran las medusas con los pinceles de sus pelágicas varillas.

No se libró tampoco Amaya de su obsesión por Don Pedro por el hecho de haber tomado contacto a través de su trayectoria artística con Filadelfia, París, lugar donde nació y al que ha vuelto con frecuencia después, o Uppsala, donde estudió, pues el asombro

evidente de la personalidad de este personaje real supera con creces cualquier otra llamada o demanda cultural, haciéndonos esclavos actuales de su históricos pasado, tal como sucede, por ejemplo, en la actualidad con la figura de Nefertiti, una Diosa más que una Reina— o de tantos otros protagonistas pretéritos de cuya identidad y comportamiento quisiéramos conocer la clave que en muchos casos nos cierran algunos pasajes de su existencia inundando de sombras nuestro afán de conocerlos mejor.

Este fue el caso de tantos literatos que se ocuparon de Pedro I, entre los que cabe citar a Calderón, Cervantes, Lope de Vega, que le hace figurar en seis de sus comedias, a saber, «Lo cierto por lo dudoso», «La niña de Plata», «El Rey Don Pedro en Madrid», «El Infanzón de Illescas», «Ya anda la Mazagatos», «Audiencias del Rey Don Pedro» y «El médico de su honra», Angel de los Ríos, Menéndez Pelayo, Francois Pietri, Luis Suárez, Cruickshank, Laplane, Próspero Merimée, que llegó a decir que era mártir de su historia pues no en balde dedicó más de quince años a escribir su biografía, Sánchez Albornoz, Américo Castro, Voltaire, el Duque de Rivas como no podía ser menos, pues Don Pedro fue siempre «carne» de Romancero, Alejandro Dumas, Zorrilla y hasta Voltaire por citar más que a alguno de los capitanes de la cultura universal, cuyas opiniones basculan entre la atribuída crueldad del monarca y su amor a la justicia, tesis que proclamó solemnemente Felipe II, si bien con anterioridad la había formulado ya el rabino judío Sen Tob de Carrión para quien el poder real viene de Dios como se indica en la placa colocada por los judíos castellanos en la imagen toledana del Tránsito, mientras que para el estamento nobiliario eran los nobles y las ciudades las que confirmaban el poder real. En esta porfía se halla precisamente el nudo de la controversia que enciende la figura de Pedro, cuyos tratadistas se definen de una u otra manera según su particular punto de vista, si bien algunos ignoran que del examen de los restos del Rey efectuado en 1968 y del estudio radiológico de los mismos, cráneo, fémures, tibias y vértebras, se llegó a la conclusión de que Don Pedro padeció una parálisis cerebral infantil que, como aclara Gonzalo Moya en su libro sobre este monarca, no debe confundirse con la poliomielitis, no siendo en realidad una enfermedad, sino un síndrome o con-

junto de síntomas debido a una lesión del encéfalo de gravedad muy variable que al determinar la muerte de las neuronas situadas en un área cerebral de extensión variable, origina un retraso general en la maduración del niño, y más tarde, un desarrollo incompleto del cuerpo, lo que no quiere decir que Pedro I de Castilla no tuviera una inteligencia normal, si bien el hecho que mencionamos excusa y explica al mismo tiempo los excesos y trastornos de la conducta del Rey, así como su irritabilidad y agresividad por una parte o su pasividad por otra.

Todo, pues, tiene su explicación y todo tiene sentido en la obra de Amaya, quien recientemente me confesaba su deseo de aportar a la memoria histórica de Don Pedro la visión plástica del mundo medieval del que, pese a la lejanía del tiempo, puede percibir la belleza que encierra y desea transmitir como apoyo a la esperanza humana, prescindiendo de la natural violencia de la época, es decir, despojada de transgresiones, desgarros, fanatismos, enconos, angustias y aflicciones que mancillan el ánimo y la ilusión, casi diríamos igual que ahora.

Este sentimiento se trasluce en la pintura de Amaya en la que tanto se vislumbran el cuerpo como el alma del Rey Don Pedro, que aparecen como transparencias obtenidas del pasado mediante la polarización de la luz, que se deriva de la conjunción de gran número de suspensiones cristalinas, los sueños de Amaya no exentos de lirismo, en los que los caballos trotan sin descanso hasta que muerto el Rey por el bastardo le depositan sus fieles en el túnel del tiempo en el que, mientras se distancia de su pasado envuelto en la nebulosa de su trágica existencia, se actualiza, más cada vez si cabe, su figura como si quisiera vivir entre nosotros perpetuamente. Amaya lo ha descubierto y vive feliz a la sombra del Rey Don Pedro.

Jesús M.<sup>a</sup> Jabato Saro

## LAS VIDAS EN LAS MUERTES DEL REY DON PEDRO

La veo meditativa, insistentemente meditativa, desentrañándose a sí misma, desgajándose de todo lo accesorio, para ir hacia ella misma en su árduo, devoto y persistente viaje, venciendo los impedimentos, las impertinencias, todo lo que pueda socabar el impulso hacia su propia luz. Me siento como un vigía, cauto, medido, aunque por momentos impaciente en ese mi anhelo de seguir viendo el refulgir del ser de luz que es Amaya.

Ella continúa en su itinerario hacia «Las Muertes del Rey Don Pedro». Ahondando y ensanchando, desde su bagaje profesional, el Arte de la Pintura, los argumentos de su homenaje. Amaya nos enseña desde sus policromías magistrales, no Las Muertes, sí Las Vidas que hay en Las Muertes del Rey Don Pedro.

Ver crecer lo mágico es un deleite inconmensurable. Este es el regalo cotidiano que Amaya me hace desde su Taller. Su hacer es un compendio unitario de bellezas, no es el azar, lo que ella me obsequia, son sus búsquedas, son sus pacientes y esmerados trabajos.

El cortejo artístico que comenzó en la Cartuja de Cazalla, continuó en Burgos, en el Monasterio de San Juan, luego continúa su camino en los Reales Alcázares de Sevilla, majestuoso espacio éste en donde se apreciará el crecer de tan noble homenaje a la Historia de España.

En el acto de crear de Amaya, con el rigor y las responsabilidades que le impone su artesanía pictural, se siente la afirmación de su universo inimaginable de hallazgos, entre fulgores de colores y formas que dan vida a sus personajes, que vienen hasta nosotros como rescatados de las penumbras de los tiempos.

Es un privilegio ser testigo del nacimiento del arte de crear. Así percibo el trabajo ascendente de Amaya: espléndido, fuerte y gentil. Testimonio del amor, entre raudales de luces inéditas, alumbrando los senderos más imprevisibles. La Vida en Las Muertes del Rey Don Pedro. La belleza desde las eternidades. El amor como norte. Y todo creciendo entre luces, esto es lo que me significan las obras premonitorias de Amaya Espinoza, ¡Cuerpo de Luz!

Del Diario del Maestro Francisco Espinoza Dueñas, 20 de enero, 1997, 17,00 H.

## LAS MUERTES DEL REY DON PEDRO

Inicié este homenaje al Rey Don Pedro I de Castilla llena de entusiasmo, sin saber bien de qué manera me encaminaba hacia las oscuras regiones de su leyenda; inconscientemente. He trabajado durante cinco años, inmersa en este camino hacia la lejanía, vislumbrando luces, hermosas, misteriosas, llenas de fuerza. He celebrado la soledad que colma los campos de Castilla, los caminos de Andalucía, porque me ha permitido viajar, descubrir la niebla que envuelve al tiempo. He avistado las incertidumbres, los afanes fantasmales, las huidas, las acechanzas, los abusos, las traiciones, las sombras, los temores, las acciones bestiales, los desprecios, los retornos, los refugios, la precariedad...

El devenir que nos arropa, nos empuja, nos ensalza, nos reduce, nos disuelve... El devenir que nos recrea, invisiblemente. He visto como en el tránsito de la muerte bulle la vida, la vida que trasciende hacia otros lugares. Me he encontrado con jinetes que aun cabalgan, incansablemente, hasta el alcance de mis ojos; así he conocido la Tierra, la ternura y las espadas. Me he bañado en un mar de bruma, buscando al Rey Don Pedro... y han brillado las partículas de niebla, como ascuas, rehaciendo su luz, reviviéndole.

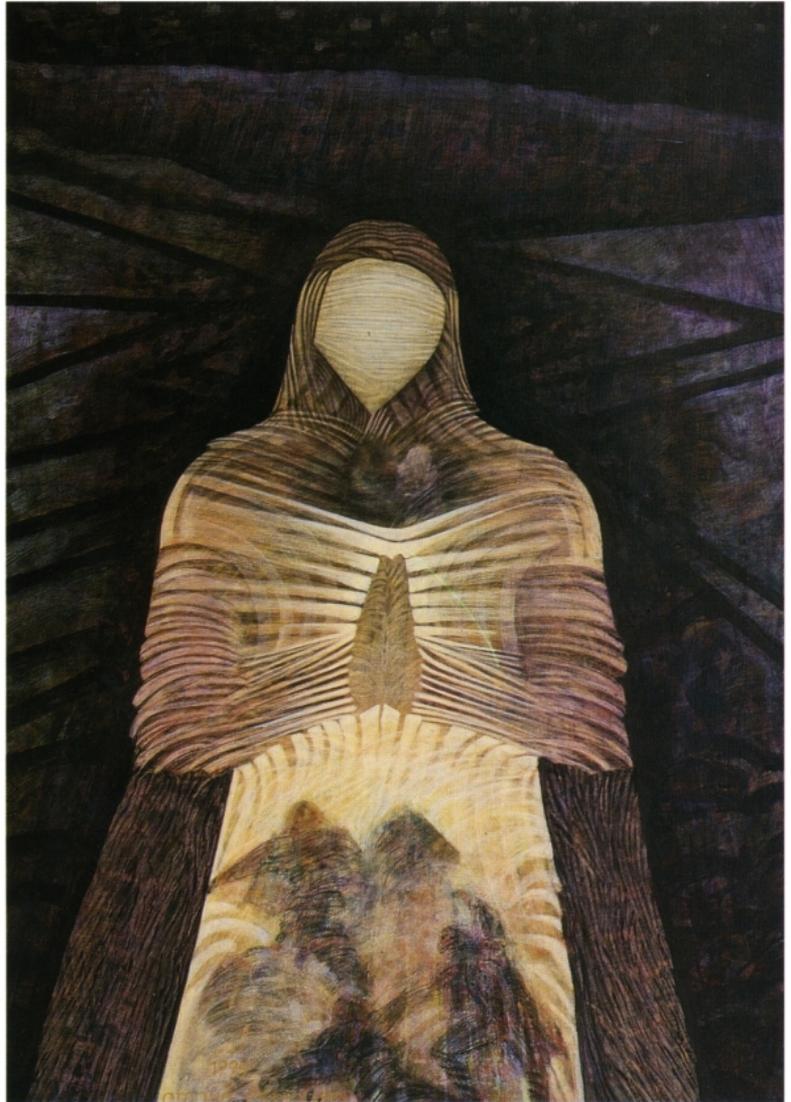
Amaya Espinoza



«Don Pedro Orante»  
1995, Constantina (Sevilla)

81 x 116 cms.  
acrílico sobre tela

Colección Sra. Patricia Lansford



«Ángel en campo de batalla»  
1996, Constantina (Sevilla)

44 x 60 cms.  
acrílico sobre madera



1996 aracely espinoza

«Batalla»  
1995, Constantina (Sevilla)

80 x 120 cms.  
acrílico sobre madera  
Colección Sres. Chapman-Brookes



Amalia Espinoza, 1975.

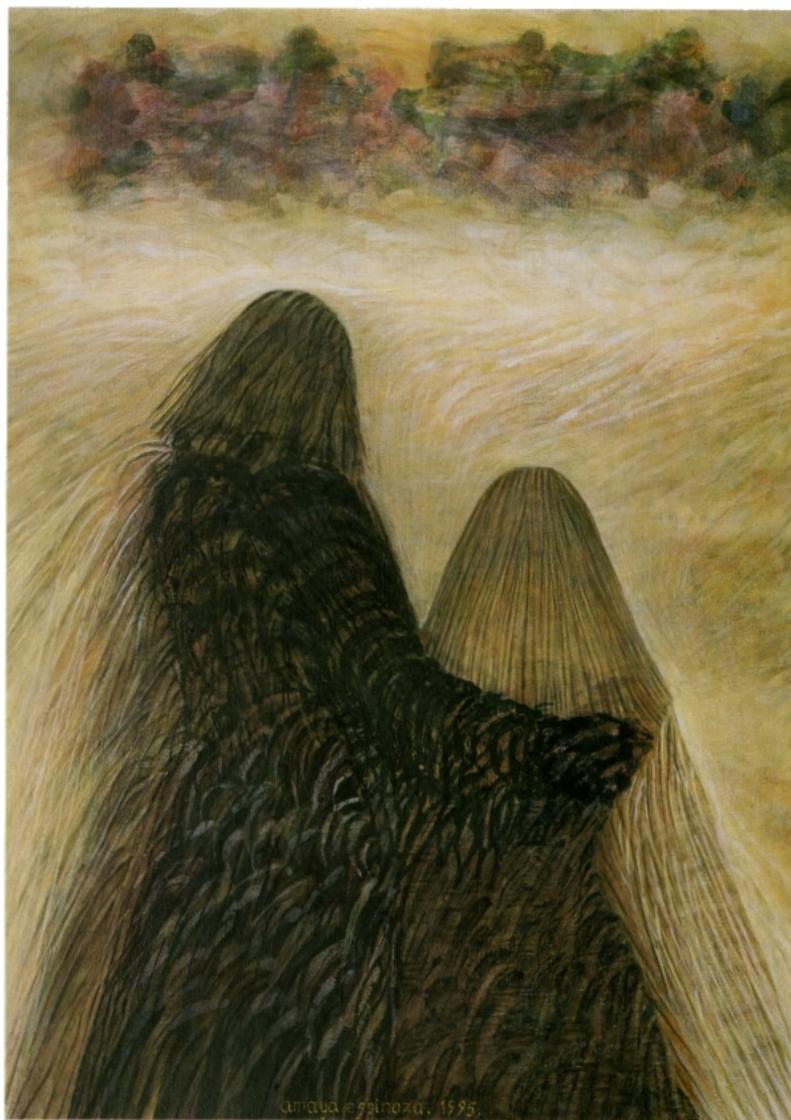
«Don Pedro y Doña María, I»  
1995, Constantina (Sevilla)

81 x 116 cms.  
acrílico sobre tela  
Colección Sra. Patricia Lansford



«Don Pedro y Doña María, II»  
1995, Constantina (Sevilla)

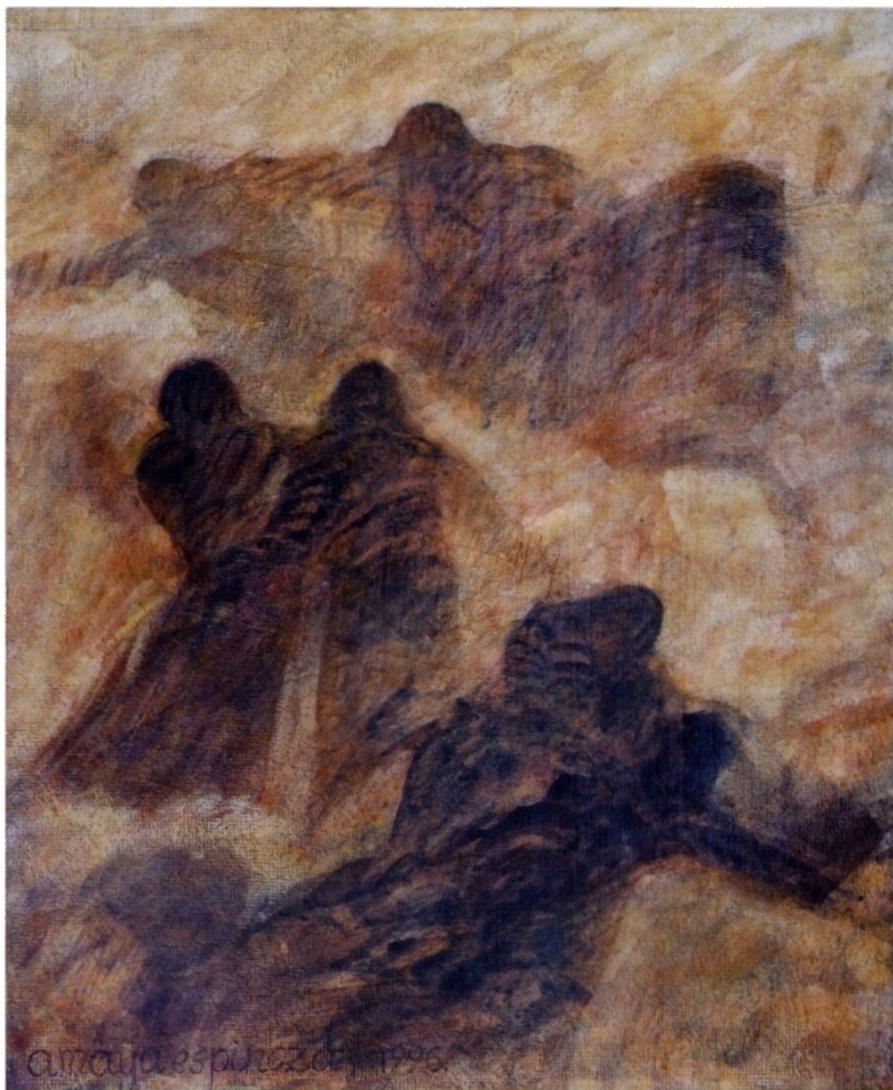
81 x 116 cms.  
acrílico sobre tela



Amalia Egeuzova, 1995.

«Todo se transfigura»  
1996, Constantina (Sevilla)

33 x 41 cms.  
acrílico sobre madera



Amalia Espinoza del 1996

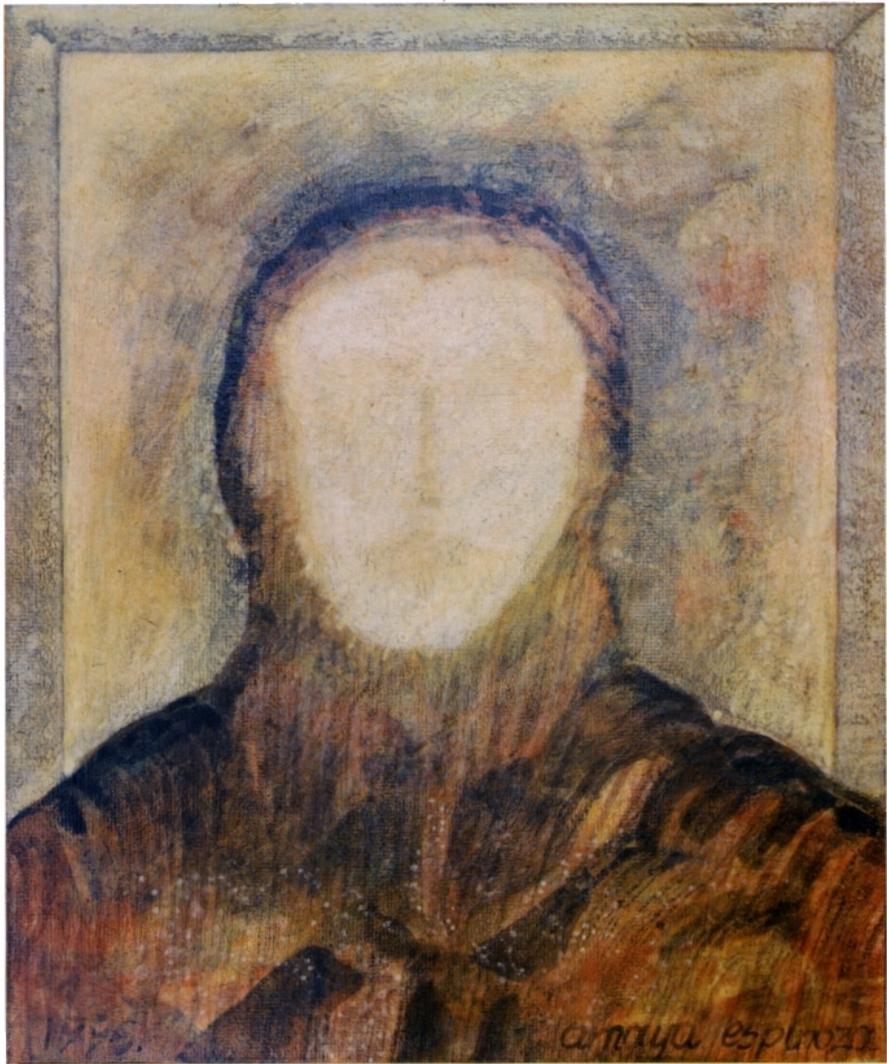
«Moviéndose para pelear»  
1994, Constantina (Sevilla)

35 x 35 cms.  
acrílico sobre madera



«Rey Don Pedro»  
1996, Constantina (Sevilla)

33 x 41 cms.  
acrílico sobre madera



«Don Pedro y su madre Doña María de  
Portugal»  
1991, Cartuja de Cazalla de la Sierra  
(Sevilla)

240 x 240 cms.  
acrílico sobre madera



era en edad de quince años y siete meses, y reinó a veinte y siete días de marzo, el día que su padre finó: y fue este Rey Don Pedro el primero Rey que en Castilla así hubo nombre». Año 1350.



Anaya Espinoza.  
La Carluja de Cazalla.  
1993.

«Doña Leonor de Guzmán y sus hijos»  
1991, Cartuja de Cazalla de la Sierra (Sevilla)

240 x 240 cms.  
acrílico sobre madera



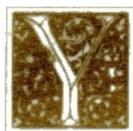
Doña Leonor de Guzmán, de quien el dicho Rey Don Alfonso hubiera hijos al dicho Conde Don Enrique, a Don Fadrique, Maestre de Santiago, a Don Ferrando, Señor de Ledesma, a Don Tello, Señor de Aguilar, que después fue Señor de Lara y Vizcaya, a Don Sancho, que fué después Conde de Alburquerque, y a Don Juan, a Don Pedro y a Doña Juana,»... Año 1350.



Amaya Espinoza.  
La Cartuja de Cazalla.  
1991.

«La muerte de Garcilaso»  
1992, Cartuja de Cazalla de la Sierra (Sevilla)

240 x 240 cms.  
acrílico sobre madera  
Colección Sres. Montserrat  
y Jean Jacques Lambert



mandó el Rey que le echasen en la calle, y así se hizo. Y ese día, domingo por cuanto el Rey era entrado nuevamente en la ciudad de Burgos, corrían toros en aquella plaza delante los palacios del Obispo al Sarmental, do Garci Laso yacía, y no le levantaron de allí. Y el Rey vió como el cuerpo de Garci Laso yacía en tierra y pasaban los toros por en somo dél y mandóle poner en un escaño y así estuvo todo aquel día allí». Año 1351.



«Don Pedro en el río Duero a su paso por Toro»  
1992, Cartuja de Cazalla de la Sierra (Sevilla)

240 x 240 cms.  
acrílico sobre madera



caeció que el Rey andaba un día por la ribera del rio Duero cerca del Real, y cerca de la isla que es en el dicho río delante de la villa. Y el Maestre de Santiago Don Fadrique estaba en la isla, y andaban con él unos seis Caballeros y Escuderos de caballo en derecho de donde el Rey andaba, y hablaban con los del Maestre algunos de los que estaban con el Rey»... Año 1356.



Giorgio de Chirico

In Colonna di Canale - 1911

«Doña Blanca de Borbón»  
1993, Cartuja de Cazalla de la Sierra (Sevilla)

240 x 240 cms.  
acrílico sobre madera



Y acaeció que un día, estando ella en la prisión do murió, llegó un hombre que parecía pastor, y fue al Rey Don Pedro do andaba a casa en aquella comarca de Jerez y de Medina, do la Reina estaba presa, y díjole que Dios le enviaba decir que fuese cierto que el mal que él hacía a la Reina Doña Blanca su mujer que le había de ser muy acaloñado, y que en esto no pusiese duda; pero que si quisiese tornar a ella, y hacer su vida como debía, que habría della dijo que heredase su reino. Y el Rey fue muy espantado»... Año 1361.



La cartuja de Bazell

Salvador Dalí

«Batalla de Nájera»  
1993, Cartuja de Cazalla de la Sierra (Sevilla)

240 x 240 cms.  
acrílico sobre madera



Y tan recio se juntaron los unos con los otros, que a los de una parte y a los de la otra cayeron las lanzas en tierra y juntáronse cuerpos con cuerpos y luego se comenzaron a herir con las espadas y hachas y dagas, llamando los de la parte del Rey Don Pedro y del Príncipe de Gales por su apellido, Guayana, San Jorge, y los de la parte del Rey Don Enrique, Castilla, Santiago». Año 1367.



La Cartuja

1993

Amaya Espinoza

«Don Pedro y Doña María de Padilla»  
1996, Cartuja de Cazalla de la Sierra (Sevilla)

240 x 240 cms.  
acrílico sobre madera



por ende, dijo el Rey, que la dicha Doña María de Padilla, la cual era ya muerta, fuera su mujer legítima y fuera Reina de Castilla y de León, y que aquellos hijos que della hubiera eran legítimos, los cuales eran un hijo que decían Don Alfonso y tres hijas, que a la una decían Doña Beatriz y a la otra Doña Constanza y a la otra Doña Isabel.» Año 1362.



«Duelo del Rey Don Pedro  
y Don Enrique de Trastámara»  
1996, Cartuja de Cazalla de la Sierra (Sevilla)

240 x 240 cms.  
acrílico sobre madera



así como llegó el Rey Don Enrique, trabó del Rey Don Pedro. Y él no le conocía, pues había gran tiempo que no le había visto; y dicen que le dijo un Caballero de los de Mosén Beltran: «Catad que este es vuestro enemigo». Y el Rey Don Enrique aún dudaba si era él. Y dicen que dijo el Rey Don Pedro dos veces: «Yo soy, yo soy». Y entonces el Rey Don Enrique conocióle, e hirióle con una daga por la cara. Y dicen que ambos a dos, el Rey Don Pedro y el Rey Don Enrique, cayeron en tierra, y el Rey Don Enrique le hirió estando en tierra de otras heridas. Y allí murió el Rey Don Pedro...» Año 1369.



Nace en París el 21 de junio de 1963. Hija del Maestro Francisco Espinoza Dueñas, peruano, y de Pilar Hernández Merino, pianista española. Sus padres celebran su nacimiento en una reunión de amigos entre quienes se encuentran Benoist Rey, Marta Moreno, Faustino Lastra y la poetisa francesa Lucile Mogenet, quien le dedica los siguientes versos:

Deposito en ti mi religión,  
animada del alma universal  
que te doy para el mañana...  
inmensa, gozosamente libre.

Desde 1966 se le impone la tarea de realizar, al menos, tres dibujos diarios, además de iniciarse en las técnicas de grabado, cerámica y pintura. Así como escribir todos sus sueños e ilustrar sus propias historias. Se le permite realizar su primera pintura en 1982, óleo sobre lienzo de 100 x 81 cms. titulado «Luzbel» y, a pesar de sus 18 años, ante la profesionalidad del trabajo, su padre le da la alternativa como pintora y la convierte en su ayudante y discípula para la realización de los murales que ejecuta en sus eventos pedagógicos. En esta aventura la acompaña su hermana Adriana, que se especializa en el grabado litográfico.

## ESTUDIOS

Después de estudiar el Bachillerato en el Instituto Cardenal López de Mendoza de Burgos, en 1982, viaja a los Estados Unidos, graduándose en Upper Darby Senior High School y obteniendo una beca para continuar sus estudios artísticos en la Hussian School of Art en Filadelfia. En 1983 viaja a Suecia donde estudia idiomas en la Universidad de Uppsala y en 1986 convalida estos estudios en la Escuela Nacional de Idiomas en Burgos.

## EXPERIENCIA ARTÍSTICA

Casa Museo Espinoza, Burgos, España, 1983-1989.

Realiza su obra pictórica exponiéndola anualmente en las galerías del Museo. Diseña y realiza folletos para exposiciones, invitaciones, tarjetas y carteles. Se ocupa de las relaciones públicas, correspondencia y publicidad. Diseña y supervisa la instalación de las exposiciones. Organiza eventos tales como: talleres (Taller Experimental de Arte y Pedagogía), conferencias, audiovisuales, conciertos y actuaciones de danza y teatro, inauguración de exposiciones y recepciones. La Casa Museo recibe por todos estos trabajos menciones de honor y subvenciones del Ministerio de Cultura, Ministerio de Industria, Ayuntamiento de Burgos, Cámara de Comercio de Burgos y del Comité Conjunto Hispano/Norteamericano para la Cooperación Cultural y Educativa.

Intercambio Cultural de Pedagogía Artística, Cherry Hill, New Jersey, Estados Unidos, 1986-1989.

Trabaja como Artista Residente en este programa creado por el Maestro Espinoza para la Alternative School (es-

cuela para adolescentes con problemas emocionales y de conducta). Ayuda en el diseño y desarrollo de cursos especiales de arte para estudiantes de BUP y COU. Enseña pintura de caballete y pintura mural. Realiza sus dos primeras pinturas murales, de 4 x 1,30 mts., que desde entonces forman parte del patrimonio artístico del centro. Realiza su primera exposición individual en este mismo centro. Establece su residencia en Filadelfia donde expone su obra anualmente en la Hildebrandt Gallery y colabora en todos los eventos artísticos que realiza su padre por todo el país (radio, televisión, conferencias de prensa, centros educativos y de terapia y universidades).

Centro de Cultura Contemporánea La Cartuja de Cazalla de la Sierra, Sevilla, 1990.

En enero de 1990 descubre la Cartuja de Cazalla de la Sierra, donde decide ubicar su estudio y residencia, y colaborar en el proyecto de restauración de la misma trasladando allí la Exposición Permanente de su obra de la Casa Museo Espinoza. Profundiza en su trabajo pictórico y en su actividad literaria. Continúa como principal colaboradora del Maestro Espinoza en las actividades educativas y artísticas que, desde este centro, realiza en Constantina. En junio, coincidiendo con su 27 cumpleaños, estrena su primera obra teatral, el poema escénico «Fin de Siglo (1990-2000)».

En el verano de 1991 estrena, en colaboración especial con la compañía de teatro sevillana La Pupa, el poema escénico musical «Juan Tigre» en el Claustro Central de la Cartuja. Este mismo año inicia el homenaje pictórico al Rey Pedro I de Castilla que desarrolla en tablas de gran formato, 2,40 x 2,40 metros, para ser instaladas en exposi-

ción permanente en el monasterio. También realiza pinturas de formatos medios y pequeños dentro de la misma temática de homenaje que se exhiben en el Refectorio de la Cartuja.

En 1992 realiza una exposición de dibujos y pinturas en la Galería de Arte Al-Andalus de Sevilla. Escribe «Las Poderosas Montañas Azules» (base poética para versión cinematográfica).

En 1993 continúa trabajando en las tablas de homenaje al Rey Don Pedro. En el solsticio de verano estrena «La Casa Invisible», un poema escénico realizado a modo de montaje audiovisual y ambientado en el Claustro Central de la Cartuja.

En julio y agosto de 1994 colabora con su padre, el Maestro Espinoza, en la realización de un gran mosaico mural en el Ayuntamiento de Arcos de la Llana (Burgos), así como otros grandes mosaicos para la casa de Don Eusebio Cuevas Redondo, mecenas del Arte y amigo de la familia Espinoza. Finaliza la sexta tabla de homenaje al Rey Don Pedro.

En 1995 organiza la exposición «Las Muertes del Rey Don Pedro» en varias ciudades de la geografía española.

Deseo expresar mi agradecimiento a D. Fernando Chueca Goitia por sus hermosas palabras y a D. Jesús M.<sup>a</sup> Jabato Saro por su apoyo incondicional sin el cual mi Rey D. Pedro no hubiera retornado a Burgos en octubre de 1995.

Gracias también a D. Antonio Cascales quien alumbró esta gran idea.

Debo mencionar muy especialmente a los responsables del Área de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla, y a D. José Antonio Hurtado, quien ha hecho posible con su entusiasmo y trabajo que la Ciudad de Sevilla conozca de manera nueva al Rey Don Pedro. Me parece importante resaltar su apoyo al tratamiento y puesta en escena de este evento, que es un trabajo de investigación histórica realizado desde la modernidad y fundamentado en valores artísticos.

A Gema López, José M.<sup>a</sup> Roca y la Compañía de Teatro La Pupa les debo todo mi afecto por acompañarme en esta aventura, también desde su trabajo sugerente e innovador.

A Dionisio Ridruejo le agradezco el título de esta exposición: «Las Muertes del Rey Don Pedro», extraído de su libro del mismo título (Alianza Editorial).

Los textos que acompañan a las pinturas pertenecen a la «Crónica de los Reyes de Castilla» escrita por el Canciller Don Pedro López de Ayala.

A mi madre y a mi padre, mi eterna gratitud, por su fuerza.

Y a las hadas...

Amaya Espinoza

